

LIBRÓ AL JUSTO LOT

Nuevamente es un gusto saludarles, estimados hermanos y amigos.

Qué bueno que han decidido continuar asistiendo a escuchar la palabra de Dios a través de esta serie de sermones bíblicos.

Que el Señor les bendiga ricamente sus vidas, y que su palabra sea fructífera en sus corazones.

Estamos meditando en las palabras de la segunda epístola de Pedro, capítulo 2, verso 7, que dicen:

“libró al justo Lot”

El día de hoy quiero enfocar mi atención en el verbo, “**libró**”.

Desde luego, cuando leemos esta palabra, es sencilla la pregunta que surge naturalmente: **¿Quién libró al justo Lot?**

En el contexto, en el verso 9, dice: “sabe **el Señor** librar”; por tanto, quien libró al justo Lot, fue “el Señor”.

Y bueno, cuando sabemos quién libró al justo Lot, entonces es propio decir que Dios *quiso* librar a Lot.

Ahora bien, si Dios quiso librar a Lot, sin duda alguna es porque le tuvo misericordia.

Y si Dios le tuvo misericordia, entonces fue porque LO AMABA.

¿No es el amor el motivo fundamental por el cual Dios libró al justo Lot?

Alguien podría pensar que no es el amor lo que le libró, sino la justicia de Lot; como si Dios estuviese obligado a librar a Lot, precisamente porque Lot fue justo.

¿Es así? No, no es así.

Ya hemos aprendido a la luz de la Biblia, en Proverbios 7:20 que, “**no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque**”.

Hemos aprendido que si Lot era justo, lo era precisamente por fe, por esa mansedumbre de corazón que tenía hacia la voluntad de Dios.

Entonces, Dios no estuvo OBLIGADO en ese sentido a librar a Lot.

Creo firmemente, por lo que nos dice la Biblia acerca de Dios, que el motivo fundamental por el cual Dios libró al justo Lot, fue el amor.

Acompáñeme a considerar aquella conversación que Abraham sostuvo con Dios, precisamente cuando Dios le dijo lo que haría con Sodoma y Gomorra.

Abraham dijo a Dios en Génesis 18:23 y 24, “**¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás**

también y no perdonarás al lugar POR AMOR A LOS CINCUENTA JUSTOS QUE ESTÉN DENTRO DE ÉL?”.

Es evidente que, la ***única esperanza*** que tienen los justos ante el juicio de Dios, es el amor de Dios.

Vea la respuesta de Dios en el verso 26, y no pase por alto la última parte de sus palabras:

“Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar POR AMOR A ELLOS.”

Mis hermanos, las cosas y las personas que están alrededor de los justos, son objeto de las bendiciones de Dios, precisamente por el amor que Dios tiene por los justos.

Ahora, si las cosas y las personas injustas pueden beneficiarse del amor que Dios tiene por los justos, ¿cuánto no lo harán los mismos justos?

Cada respuesta de Dios con relación al juicio que vendría sobre Sodoma, incluyó siempre el amor a los justos.

En el verso 29, dijo: ***“No lo haré POR AMOR a los cuarenta”.***

En el verso 31, dijo: ***“No la destruiré... POR AMOR a los veinte.”***

En el verso 32, ***“POR AMOR a los diez”.***

No obstante, sabemos que en la ciudad no había 50, ni 45, ni 40, ni 30, ni 20, ni 10 justos, sino solamente 1.

Y si no había 50, ni 45, ni 40, ni 30, ni 20, ni 10 justos, sino solamente 1, ¿a quién libró y por qué lo libró?

Porque ***él quiso, por amor*** libró al justo Lot.

Ahora, esto me apasiona mucho, porque aquí estamos tratando con el corazón de Dios, con su sentir, con su voluntad.

Estamos entrando a una parte íntima de Dios.

Estamos abordando el motivo fundamental por la cual obra en nuestro mundo, y a favor nuestro.

Lo que Dios hizo en la creación, lo que Dios hizo durante la era patriarcal, lo que Dios hizo en la era de los profetas, y lo que Dios ha hecho en nuestro contexto, todo tiene como fundamento el mismo motivo: El amor.

Dios libró al justo Lot, y lo hizo por amor.

Ahora bien, ¿cuántos en nuestro tiempo se encuentran en un ambiente tan pecaminoso y perverso como el que tenían Sodoma y Gomorra?

Incluso, ¿cuántos en nuestros días, han cedido a la tentación del pecado?
¡Muchos!

Pablo dice en Romanos 3:23: **“Por cuanto TODOS PECARON, y están destituidos de la gloria de Dios”**.

¿Puede usted ver la tragedia que este texto revela?

Dice, **“destituidos de la gloria de Dios”**. ¡Destituidos! Desprovistos y sin poder alcanzar la gloria de Dios.

¡Estarán fuera de ella!

¡Se quedarán fuera de la gloria de Dios!

El único destino que les espera es el lago que arde con fuego y azufre.

La necesidad de tanta gente es grande y apremiante.

Por eso, la respuesta de Dios ante esa necesidad, no puede ser otra sino la que su amor ha determinado.

La Biblia dice en Juan 3:16: **“Porque de tal manera.... ¿qué cosa?**

¿Cuál es la motivación fundamental por la cual Dios **“ha dado a su Hijo unigénito”**?

El texto dice, **“Porque de tal manera AMÓ DIOS AL MUNDO”**.

Otra vez encontramos la misma motivación: El amor.

Dios libró al justo Lot por amor, y **Dios “quiere”**...

Escúchelo muy bien, **Dios quiere**.

Es necesario que lo ponga como una marca en su brazo: **Dios quiere**.

¿Qué **quiere** con respecto a los hombres que están destituidos de la gloria de Dios?

Dice Pablo en 1 Timoteo 2:4, que Dios **“quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”**.

Quiere que “todos los hombres sean salvos”. ¿Y no quiere eso por amor?

El fundamento de la voluntad de Dios es el amor.

Y si él quiere salvar a quienes están destituidos de su gloria, lo quiere hacer por la misma razón por la que libró al justo Lot.

Lo quiere hacer por amor.

¿Ya nos queda claro por qué Dios quiso librar al justo Lot?

¿Nos queda claro por qué quiere que todos los hombres sean salvos?

¿Nos queda claro por qué Dios envió a su hijo al mundo para morir a favor de los pecadores?

¿Nos queda claro eso?

Bien, entonces, **¿por qué nosotros no queremos?....**

Mis hermanos, lamento mucho decir esto, pero nuestra actitud, y la poca inversión de tiempo y dinero que hacemos por hacer la obra de Dios, es como si no quisiésemos que los hombres sean salvos.

Las obras que hacemos son un testimonio de la motivación que las impulsa.

Dios quiso librar a Lot, e hizo lo necesario para librarlo.

Se tomó el tiempo para bajar a su contexto.

Usó de su poder para comunicarse con él y advertirle de lo que sucedería, y lo que tenía que hacer para escapar del juicio que caería sobre la ciudad.

Usó de su poder para conmover los cielos y producir una de las destrucciones más dramáticas e impresionantes que una ciudad pudiera sufrir.

La motivación de todo ello fue el amor en beneficio de Lot.

Ahora, en nuestro contexto, el amor de Dios se ha manifestado con un plan glorioso y lleno de sabiduría que ha sido preparado desde antes de la fundación del mundo.

Dios ha invertido su sabiduría, su tiempo y aún a su propio hijo para hacer posible la salvación de los pecadores. ¿Por qué?

Porque **DE TAL MANERA**, ¿pueden percibir el grado que se quiere expresar con esas palabras?

De tal manera implica un grado muy alto.

De tal manera implica un sacrificio muy grande.

De tal manera implica la importancia que Dios le dio a todo el asunto de nuestra salvación.

Y nosotros, ¿de qué manera respondemos?

¿De qué manera compartimos ese mismo sentir que hubo también en Cristo Jesús?

¿De qué manera compartimos ese amor que Dios ha tenido para con nosotros?

Recuerden mis amados hermanos, que **“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.”**
(Romanos 5:8)

Ahora, debo insistir, diciendo que, la motivación fundamental por la cual Dios envió a su Hijo para salvar a los pecadores, es el amor.

¿Nos queda claro a todos? ...

¿Qué hay de nosotros?

¿Queremos que Lot se quede cautivo en Sodoma?

¿Seremos indiferentes ante el rescate de Lot?

Después de todo, hay muchos peligros en esa ciudad donde él escogió vivir. Y si él escogió vivir allí, pues que lo disfrute.

¿Por qué tengo que ir a Sodoma, invertir mi tiempo, mi dinero y exponer mi propia vida para rescatarlo?

Bueno, por la misma razón que Dios lo hizo: Por amor.

Si es verdad que **“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones”** (Romanos 5:5).

¿No debemos mostrar el mismo interés que él tiene por los perdidos?

El apóstol Juan declaró, en su primera carta, capítulo 4, verso 11:

“Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.”

Nuestra actitud hacia los demás, debe ser la misma que Dios ha tenido para con nosotros.

Si él se sacrificó por nosotros, ¿no haremos nosotros ningún sacrificio para que otros sean salvos?

Entonces, Dios espera algo de nosotros.

Dios espera una respuesta de nosotros.

En otras palabras, **el amor que Dios ha mostrado para con todos, provoca en nosotros, una RESPONSABILIDAD en relación a la salvación del pecador.**

Es común escuchar sermones en los que se advierte sobre la incredulidad de aquellos que no son cristianos. Y todo eso es correcto.

Es común también escuchar sermones donde se le amonesta al pecador, acerca del error que comete por no creer en Dios. Y esas amonestaciones son correctas también.

Sin embargo, ¿qué hay con aquellas personas que no han escuchado la Palabra de Dios? ¿Qué responsabilidad tenemos quienes ya somos salvos?

Mis hermanos, en el mundo hay todavía MUCHAS personas que no son salvos.

Todavía hay mucha gente que no ha sido rescatada de las garras del infierno.

¿Qué impide que tanta gente sea salva? ¿Qué impide que tanta gente no esté enterada todavía sobre la salvación en Cristo?

Mis hermanos, hay algo que impide que el amor de Dios expresado por el evangelio llegue a las personas perdidas.

Mire lo que dice Dios en 1 Tesalonicenses 2:16:

*“Impidiéndonos **HABLAR A LOS GENTILES PARA QUE ÉSTOS SE SALVEN**; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo.” [1Tes 2.16]*

Lo que impide que alguien sea salvo no es nada que tenga que ver con Dios.

La salvación de un impío no depende de una obra “especial” que Dios haga en el pecador como si él fuera algún “escogido”, o como si él fuera alguien que Dios “no ha elegido”.

Dios ya hizo toda la obra de la cruz y nos ha provisto de su Palabra para convencer al hombre de pecado, de justicia y de juicio.

1 Tesalonicenses 2:16, dice que algo **se estaba impidiendo** a los gentiles para que fuesen salvos.

¿Qué era lo que se estaba impidiendo a los gentiles para que fuesen salvos?

HABLAR... Hablar.

Eso es lo que se estaba impidiendo: *Hablar a los gentiles para que se salven.*

Eso quiere decir, mis estimados hermanos, que **si no se habla** a los gentiles, entonces no serán salvos.

Entienda, entonces, que lo que **impide** que alguien sea salvo es que nosotros **no le hablamos**.

Dios quiere salvar a todos, y le ha placido hacerlo por la predicación.

Dice 1 Corintios, capítulo 1, verso 21: ***“agradó... ¿Leyó con atención? agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación”.***

La predicación del evangelio por nuestra boca es algo en lo que Dios se agrada, porque la predicación es para salvación.

Por supuesto, el pecador tiene que decidir arrepentirse y poner su fe en Cristo. Pero, con respecto a nosotros (no al pecador), sino con respecto a nosotros, ¿qué impide que alguien sea salvo? Que no hablemos, eso es lo que impide.

Dios escogió entregar a los salvos la tarea de *“sembrar la semilla”* del evangelio en los corazones de los inconversos. Él no dará crecimiento si no se siembra la semilla.

La salvación, entonces, no se impide por la falta de una obra especial y selectiva de Dios. Se impide porque los cristianos no estamos evangelizando.

Así que, una vez que entendemos lo que impide la salvación, ¿qué es lo que más quiere Dios de nosotros?

¡Dios quiere que prediquemos el evangelio del Señor Jesucristo!

Dios quiere que vayamos y prediquemos el evangelio a cada criatura que está debajo del cielo—a cada hombre que está sobre la tierra, ***“a toda criatura”***, dice (Marcos 16:15).

Considere la “gran comisión” que el Señor entregó a Sus Apóstoles: *Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.* [Mat 28.19-20]

Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. [Luc 24.46-47]

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. [Hech 1.8]

Esto indica que Dios **espera** que los pecadores lleguen a conocer su voluntad, la obedezcan y sean salvos, por medio de la predicación nuestra.

Ahora entendemos la “**gran obsesión**” del Apóstol Pablo y su exhortación a los cristianos, cuando dijo: *Y de esta manera **me esforcé a predicar el evangelio**, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno, sino, como está escrito: Aquellos a quienes nunca les fue anunciado acerca de él, verán; y los que nunca han oído de él, entenderán.* [Romanos 15.20-21]

¿Por qué ese esfuerzo? Porque él sabía que no hay otra manera en que el pecador tenga la oportunidad de salvarse, sino por la predicación del evangelio.

Considere la “**gran responsabilidad**” del Apóstol Pablo, cuando dijo: *“Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque **me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!**”.* [1Cor 9.16-23]

Considere lo que el Señor quiere de sus siervos, en Lucas 14:23: **“Dijo el señor al siervo: Vé por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa.”**

Esto quiere decir que tenemos que hablar con los hombres y “**persuadirles**” para que sean salvos. Tenemos que sembrar la semilla del evangelio en sus corazones.

Mis amados, **¿Cómo es que Dios va a darle crecimiento a una semilla que no ha sido sembrada?**

Según Romanos 10.17, Dios ha provisto su Palabra para producir fe en los que escuchen el evangelio, así que, ¿qué más falta de parte de Dios? **Nada.**

Lo que falta es nuestra parte.

El amor de Dios ha sido mostrado. El sacrificio perfecto ha sido hecho. La palabra ha sido confirmada, ¿qué falta, entonces?

Dios “libró al justo Lot”, ¿librará también a mis hijos?

¿Libraré también a mi esposa?

¿Libraré también a mi marido?

¿Libraré también a mis amigos y vecinos?

¿Libraré también a mis padres?

Dios *quiere* librarlos pero, ¿lo quiere usted?

Entonces, manos a la obra...

Puestos de pie...